

poco, dijo Sancho.—Ni mucho, replicó el ventero; médiase la partida, y señálensele cinco reales.—Désele todos cinco y cuartillo, dijo Don Quijote, que no está en un cuartillo mas á menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.—Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.—¡Aun ahí seria el diablo, dijo Don Quijote, si ya no estuviere Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia! porque, el caballo en que iban, á mí me pareció que antes volaba que corria; y así, no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia, con su esposo, á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pié llano y con intencion sana, y prosiga.” Maese Pedro, que vió que Don Quijote izquierdeaba, y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase; y así, le dijo: “Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian; y así, con sesenta maravedís que me den por ella, quedaré contento y bien pagado.” Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderaron los dos jueces árbitros, con satisfacion de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos; y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. “Dáselos, Sancho, dijo Don Quijote, no para tomar el mono, sino la *mona*; y docientos diera yo ahora, en albricias, á quien me dijera con certidumbre que la señora Doña Melisendra y el señor Don Gaiferos estaban ya en Francia, y entre los suyos.—Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino, que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios, y verémos.” En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía, á costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese, se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas; y ya, despues de amanecido, se vinieron á despedir de Don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en mas *dimes* ni *direres* con Don Quijote, á quien él conocia muy bien; y así, madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo, y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á Don Quijote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien, por orden de su señor; y despidiéndose dél, casi á las ocho del día, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.

CAPÍTULO XXVII.

Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.

ENTRA Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano*; á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que, así como el católico cristiano, cuando jura, jura ó debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decia, como si jurara como cristiano católico, en lo que queria escribir de Don Quijote, especialmente en decir quién era maese Pedro, y quién el mono adivino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice, pues, que bien se acordará el que hubiere leído la *Primera Parte* desta historia, de aquel *Ginés de Pasamonte*, á quien, entre otros galeotes, dió libertad Don Quijote en Sierra Morena; beneficio que, despues, le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, á quien Don Quijote llamaba *Ginesillo de Parapilla*, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que, por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la *Primera Parte*, por culpa de los impresores, ha dado en qué entender á muchos, que atribuian á poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero, en resolucion, Ginés le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas, y despues le cobró Sancho, como se ha contado. Este Ginés, pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron